

ERNESTO GARRATT

Casa propria



HUEDERS

Casa propia

Ernesto Garratt Viñes

© Editorial Hueders

© Ernesto Garratt Viñes

Primera edición: octubre de 2019

Registro de propiedad intelectual N° 308.129

ISBN 978-956-365-145-4

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida
sin la autorización de los editores.

Diseño: Valentina Mena

Ilustraciones interior: Mariana Mizraji

HUEDERS 

www.hueders.cl | contacto@hueders.cl

SANTIAGO DE CHILE

OTRO DOMINGO

Desde que vivimos en Juan Jofré, así se llama la calle donde estamos ahora, todos los domingos salgo al mediodía a comprar empanadas de pino, Coca-Cola y *El Mercurio*. Todos los domingos acá han sido el mismo domingo feliz y estúpidamente optimista, y apenas abro la reja del block donde vivimos rumbo a los locales comerciales, apenas enfilo por las delgadas aceras de cemento rodeadas por árboles recién plantados, flacas ramas que esperan las décadas futuras para dar recién algo de sombra, no me creo la rutina de normalidad en la que ahora estamos navegando: podemos hablar en voz alta, podemos salir de nuestra pieza sin preocuparnos de si hay o no moros en la costa, podemos ir al baño e ir a la cocina y al espacio del living sin pedirle permiso a nadie.

Estamos en la calma después de la tormenta. Yo no recuerdo otra vida que no haya sido la tormenta. Seguro que mi vieja, antes de tenerme, en su vida de suelta como dice que se llamaba ese período antes de mí, pudo hacer y deshacer por los cafés del centro de Santiago, en la bohemia que tanto ha recordado en estos últimos días en Juan Jofré. Ha recordado bastante de su vida de antes del naufragio de 17 años, de la inestabilidad, del allegamiento.

He sabido de gente que le pone nombre con apellidos a sus mascotas, a sus partes pudendas e incluso a sus prendas. Juan Jofré es el nombre que le pusimos desde un inicio mi vieja y yo a este fiel departamento de 40 metros cuadrados que está en un segundo piso de un block de ladrillos rojos y que el gobierno llama “viviendas básicas, pero dignas”. Juan

Jofré. Ni puta idea quién era Juan Jofré. ¿Un marino portugués? ¿Un sacerdote piadoso? ¿Un congresista pipiolo? Para mí, Juan Jofré es ahora el nombre de la tranquilidad. El nombre, claro, es por la dirección exacta de nuestro domicilio: Juan Jofré 4255, depto 2-B. La “B” va porque somos el departamento del lado “B”. Cuando se entra por la reja principal, de fierro pintado de negro, a la izquierda se puede apreciar el lado “A”. Ambos, el extremo A y el extremo B, se unen por escaleras en cruz y todo el conjunto parece una gran pajarera social, porque desde las ventanas de cada departamento surgen y se meten de nuevo cabezas de vecinos que ya habitan este sitio, con la velocidad de aves entre barrotes que beben agua, pican y comen semillas y defecan casi al mismo tiempo. Cuando llegamos a bordo de un camión de mudanza conseguido por don Nico, el amigo-mentor que nos ayudó a sobrellevar los malos días en Rodrigo de Araya, este block pequeño y hecho con materiales que sobraron de otras construcciones nos pareció el paraíso en la Tierra: un templo de la propiedad privada, un palacio de la certeza y estabilidad, el fin del allegamiento.

Yo no me allego nunca más.

Mi vieja no se allega, jamás, de nuevo.

Nunca más nos allegaremos, nunca más, por la chucha.

Además del armario, el anafe, el IRT, una vieja estufa, veladores, la máquina de coser de mi abuela y las dos camas desarmadas, no teníamos mucho más que cajas con ropa para subir al departamento. Ayudé a los dos peonetas a cargar hasta el segundo piso todas estas cosas a nuestra primera propiedad y cuando metí la llave que le dieron a mi vieja cuando fue a firmar todos los papeles al banco, sentí que entraba a una de las puertas de esos concursos de la tele, nada más que esta era la puerta ganadora: un tablón amarillo de cholguán que se abría ante mí para

mostrarme un espacio ilimitado de... espacio. Un corto pasillo era la entrada, y a la izquierda de este corredor nuevo e inesperado para mí, había un muro de cemento sin terminación alguna: solo un relieve de forma irregular de hormigón, que podría parecer la recreación involuntaria de la superficie marciana con pequeñas montañas acá, diminutos valles y cuencas por allá. Accidentes geográficos fuera de este mundo, que me sacaron del aquí y del ahora y que para mí, en ese momento de arribo a la nueva tierra prometida, jamás se me pasó por la cabeza que eran restos inacabados que dejaron los albañiles al pasar de forma perezosa sus espátulas, sin la orden final del capataz de dejar liso este muro.

Lo mismo aplicaba para el piso: un radier en bruto, gris y con mucha tierra y basura encima y más que un departamento nuevo esto parecía un departamento en ruinas, con los escombros de algo que alguna vez tuvo forma y orden en sus esquinas pero que, después de una explosión con violentas esquirlas lanzadas a la deriva, quedó así: convertido en una idea doblegada, macerada y masticada de lo que es una vivienda decente, pero tragada, deglutida y devuelta con la forma de una vivienda vomitada bajo la forma de caridad mal hecha.

Debo confesar que nada de eso lo pensé en ese momento, así de manera tan crítica. Eso fue tiempo después. La idea que me inundó de inmediato la cabeza apenas estaba entrando con mis manos cargando parte de nuestras pertenencias, fue algo más positivo y esperanzador: me quedé embobado pensando en las posibilidades que tenía por delante este basurero que nos estaban entregando bajo el envoltorio del sueño de la casa propia. Pensaba en los muros que podría alisar con mis propias manos, en el piso de madera que podría poner bajo nuestros pies, en el papel

mural con dibujos de flores en movimiento que podría luego pegar y mirar sentado por horas en un cómodo y mullido sofá rojo: un paisaje perfecto donde, desde nuestro living pequeño, yo podría perderme admirando los simples dibujos de páramos salvajes bajo el ataque del viento en el papel mural.

Mientras los peonetas descargaban los pocos muebles y más cajas sobre el suelo inmundo, yo reflexionaba sobre todo lo que podría ser este lugar que ya era nuestro, es decir, no nuestro porque en verdad mi vieja se había endeudado para que fuera nuestro después de un dividendo mensual en el transcurso de 30 años.

Mientras calculaba mirando de reojo que no teníamos cocina ni refrigerador ni muebles donde guardar la poca loza que cargábamos, me reí nerviosamente ante la sensación de que esta pequeña estancia a medio terminar nos iba a quedar inmensa, como el traje usado de un obeso adquirido por un famélico niño etíope. A mí, a mis espaldas, me decían y dicen también el etíope en el liceo, por lo esperpéntico y raquíptico y, entonces, pensé, este traje que era el nuevo departamento solo me podía quedar inmenso a mí, el etíope blanco de Juan Jofré.

La primera noche en Juan Jofré fue extrañísima. Mi vieja y yo estábamos rodeados de cajas aún sin desembalar, la luz de una ampolleta solitaria sobre nuestras cabezas le daba una iluminación lúgubre a la escena. Los peonetas se habían ido hace horas y ambos llevábamos rato intentando orientarnos, darle orden y sentido a este nuevo espacio.

Antes siempre era más simple: meter todo dentro de un solo sitio: una habitación.

Pero esto era algo vertiginoso. Un maldito traje de otra talla.

Y unas horas después, yo estaba terminando de armar con mucha dificultad las camas de madera en cada pieza, cuando me repetí incrédulo esa idea:

Dos piezas: una para cada uno.

Dos piezas: una para cada uno.

No podía creer lo que pensaba: parte del cordón umbilical que nos había unido durante años se estaba rompiendo. Era tan raro estar dividiendo aguas.

A lo largo de todo este tiempo, siendo un niño y después un adolescente, me había convertido en un apéndice de mi vieja, en un órgano suyo que funcionaba fuera de su cuerpo. Como una extensión de ella. Porque era y soy, en el mundo práctico, una especie de lazarillo en sus incursiones exteriores. Era, soy y seré su bastón para derrotar su miedo a la calle, a salir, a encontrarse y toparse con extraños en la vereda. Era, soy y seré el mejor remedio contra sus ataques de pánico y agorafobia y miedos profundos que, cada vez que miro directo en la confusión de sus pensamientos, me dejan pasmado. Helado. Petrificado.

Supe, de hecho hace poco, corriendo la cortina de sus secretos en mis impertinentes intrusiones, lo mucho que mi vieja ha vivido atormentada por el terror de un embrujo de origen... diabólico. Un hechizo que ella, creía y cree firmemente, la ha pisoteado y enviado al fondo de un foso. Una maldición negra que le provoca un pavor espantoso y, de hecho, es más el terror que le provoca remover sus recuerdos lo que causa todo lo malo en su vida: los ojos negros de Remo.

Mi padre.

Que yo naciera, supe en esos viajes mentales, fue la salvación de mi vieja después de la muerte de Remo, la extraña y aún sin explicar muerte de Remo. Con ella a la deriva en el mar de las desgracias, yo fui su salvavidas. Se aferró a mí y yo, a ella.

Juntos, abrazados dentro de una pieza, siempre dentro de una pieza de allegados, contra todos.

Cuando terminé de armar las camas y cuando mi vieja les puso sábanas, frazadas y cubrecamas y almohadas, nos miramos y nos dimos un abrazo que parecía de despedida.

Por primera vez dormiríamos separados.

Eran solo unos metros, suficientes para hacer la diferencia.

Entonces fui a mi pieza, donde yo había colocado mi velador, unas cajas y la cama: era un espacio más pequeño que la pieza principal de mi vieja, obviamente. Una ventana de fierro mostraba la vista hacia una corredera de edificios rojos como este y la luz de la luna entraba de lleno a través del vidrio. No habíamos puesto las cortinas que siempre poníamos en las piezas de turno, y que traímos en las cajas, simplemente porque estábamos rendidos.

Me apoyé en la almohada celeste que tengo desde guagua y que mi vieja ha cuidado religiosamente, para que siga siendo útil a la hora de conciliar el sueño. Miré el techo, por primera vez en mi casa, en mi pieza, en mi espacio, e intenté cerrar los ojos luego de un suspiro que se me escapó natural y fuerte.

—¿Tampoco puede dormir, mijito? —preguntó mi vieja desde su pieza.

Levité de inmediato al sonido de su voz y asomándome detrás del marco de su puerta, le respondí con un puchero sobreactuado. Con un gesto de aprobación de su parte, volé entonces entre las penumbras y me eché a sus pies como una mascota faldera.

Y ahí, al fin, dormimos plácidamente.

Durante las siguientes noches dormí solo. De la extrañeza inicial saltamos a la normalidad absoluta, como si nunca hubiésemos sido y estado allegados, una condición, lo sé de sobra, que cabe en las categorías de ambos verbos: se puede ser y se puede estar encerrado en el allegamiento al mismo tiempo, en las dos dimensiones del concepto.

Ser y estar.

Estar y ser.

Con el pasar de los días, la estancia en Juan Jofré se convirtió en una sucesión de jornadas luminosas: monté sobre unas maderas el anafe para darle cuerpo a nuestra cocina; barrí exhaustivamente y limpié y enceré el piso para que tuviera un aspecto más digno. Y cuando las cortinas que teníamos no nos alcanzaron para todos los ventanales, pusimos unas que hicimos con restos de sábanas antiguas y telas que mi vieja guardaba, por si las moscas.

Y el primer domingo que pasamos en Juan Jofré, mi vieja me sugirió si iba a comprar unas empanadas de pino y una Coca-Cola para celebrar nuestro primer hogar. Empezó a urgar en su chauchera hasta dar con un puñado de monedas.

—Yo invito, mami —le dije. Ya había ganado mis primeras monedas con el honrado trabajo que me había dado la señora Roberta.

Salí, entonces, volando, cerrando la puerta detrás de mí, y cuando digo volando, es que estaba levitando. Me di cuenta tarde, pero por suerte no había cabezas asomadas por las ventanas vecinas en el patio común, compuesto por tres montones de tierra y un pequeño arbusto que de seguro algún día sería un gran árbol con sombra.

No podía abrir la puerta del portón, la llave nueva no giraba, estaba atascada. Así que no lo pensé dos veces y después de fijarme que no había nadie alrededor, salté de un vuelo casi los dos metros y medio de reja sin esfuerzo y caí feliz al otro lado. Corrí con una sonrisa en la cara sobre las veredas de Juan Jofré, flanqueadas por los blocks colorados que se juntaban uno al lado del otro, hacia los locales comerciales cerca de San Vicente de Paul, la segunda arteria principal de nuestro barrio después de la colosal Avenida Américo Vespucio. Vespucio, que siempre me

sonó a Vesubio y prepucio, el límite oriental de mi naciente pequeño reino y allí, en Américo Prepucio no había más que cientos de autos y micros y camiones rodando sobre su asfalto y, en las laderas, hectáreas de tierrales sin una clara presencia todavía.

La civilización, en esta parte del sur de la capital, parecía estar solo hacia San Vicente de Paul, hacia el Poniente, y sus brillantes locales comerciales.

Blocks rojos, como el nuestro, y suelos de tierra, eran parte de la monotonía del paisaje. Pero esos locales, donde había quioscos con prensa dominical, una amasandería, La Clarita, y el mini market Esteban José, eran un conjunto distinto y pujante de algo parecido a una burbuja de desarrollo, colorido, limpio, hasta hermoso. Era la civilización. Llegar a esos dominios, después de una caminata de unos cortos minutos, ME DIO una satisfacción inmensa. En el quiosco miré los diarios y decidí comprar desde ese momento en adelante el diario dominical porque, lo decidí allí, quería ser periodista.

Cada semana hacía ensayos de la Prueba de Aptitud Académica, que iba a rendir en diciembre, y mal no me iba, pero necesitaba practicar más y mejorar mi conocimiento sobre el arte de informar noticias al prójimo si quería ser admitido en la universidad. Casi nunca leía los diarios y revistas en la biblioteca del liceo. Allí escribía sobre Mihai o leía algún cuento de Poe o, ahora último, conversaba en voz baja con Paula.

En la amasandería La Clarita compré tres empanadas, una y media para cada uno; del mini market Esteban José me llevé una Coca de litro y tuve que dejar 30 pesos porque no tenía envase. Para mí fue una inversión: comprar mi primer envase de bebida. Y del quiosco me llevé el diario

El Mercurio para prepararme para mi sueño de estudiar en la universidad.

Esa fue y ha sido la medida de cada domingo desde hace semanas: la plácida felicidad de ir a comprar, cerca de mediodía, unos pedazos de masa con carne y cebolla, una gaseosa y un diario.